

UN ARCÓN DE SALAIOS

*Lento veneno que pos nos beizos unha cousa verde.
Língua que me enche a boca enteiramente...*

Xosé Luis Méndez-Ferrín

Se me llenan los labios como de algas marinas,
por la sangre hay rumor de arboledas y ríos
y en el cuerpo se mece un camino de estrellas
que transito en las horas de sensibles latidos
enlazado al silencio...

En los mares de hierba
la brisa tiene bocas de besos transparentes,
la brisa tiene labios que callan mientras besan
por no querer decirle que es un filo la muerte.

Debajo de los pinos y de los abedules
y debajo del rostro en vejez de los robles
vive un sueño de hojas con versos de leyendas,
los mochuelos y autillos son ahuecadas voces
que leen esas cantigas, con miradas de asombro,
junto a luminiscentes luciérnagas.

La noche
es una puerta con goznes que susurran
abierta a la inquietud de los rumores.

Con lágrimas que ruedan en busca del océano
los arroyos son ojos que expresan su morriña:
el campo se lamenta de aquellos que emigraron
y al cabo de los años visitan sus ruinas.
Porque no vean los cielos cómo llora la tierra
cuando tantos luceros en la noche la miran
el reino de la luna se disfraza de niebla
ocultando ese duelo detrás de sus cortinas.

Transformada la forma de guardar el forraje,
de cónicas palleiras a las pacas o el silo,
confinado el gemido de los ejes de carro,
ahogada, entre maleza, la voz de los molinos,
cercenado el siseo letal de la guadaña...
solo siguen "*as feiras*" cual perdurable rito
de una tierra que tiene nostalgias muy lejanas,
el más lejano faro y un arcón de suspiros.



CARA E CRUZ

*Hai un olor pechado
e un rastro de ausencias
esquencidas nos espellos,*

Xulio L. Valcárcel

I

En los poblados, casas inconexas
a las que llevan calles o senderos.
Rostros de campo con un pozo y huerto,
futuro en la despensa,
y con salud en su epidermis pétrea
desde la base al techo.

En su amistad hay manzanos e higueras,
nogales para sombra,
plantas en el balcón...

la primavera
anunciada al arrullo de palomas,
gallos que con su trova deletrean
el nombre de las horas
subidos en el borde de la aurora,
indicios olorosos de un establo,
rumores de conejos y gallinas...
Hogares con la dicha
de sentirse auténtico habitáculo,
que entre sus muros gozan
olor a pote, grelos y filloas,
y un farías encendido

— algo solemne —
degustando café con aguardiente.

II

En los poblados, casas que padecen
de senectud y su dolor desgranar

derrumbándose a tramos.
Casas de pozo inútil, telarañas
y polvo en los cristales, huerto
en túnica de monte transformado,
aposentos de olvidos con perennes
goteras que sollozan
techumbres mutiladas al abrazo
verdugo de las zarzas
y el musgo apolillándoles la piedra.

Viviendas que se sienten repudiadas,
sin fuego, sin amor, sin unas manos
que dejen sus momentos de ternura
blanqueando las paredes,
abran contraventanas, sellen grietas
y limpien el hollín de los fogones.

Cadáveres que estoicamente añoran
humo sobre el tejado,
que alguien torne
a colgar otra vez bajo los techos
cebollas, maíz, matanza...

que les ponga
un felpudo delante de la puerta.

AGRO DE HÓRREOS

Poblaciones de fábula, fortines
caminantes de un Liliput aéreo,
con paredes repletas de troneras
en donde juega al escondite el viento
y el semblante del sol es seccionado
en láminas sin masa, los insectos
de su interior reviven al cruzarlas;
y, al recorrer las sombras, el silencio
del fulgor celestial besa el maíz
que enardece en abrazo amarillento.

Sobre las geometrías de granito
se ha interrumpido el tiempo
y al transitar sus calles, no trazadas,
te sientes en la página de un cuento
al que han abandonado sus criaturas,
finalizarlo es obra de tu ensueño.

El bucólico bosque de columnas
encumbra siluetas de unos cuerpos
que parece dormiten en el aire,
horizontales torsos, parapetos
amparando maduras sementeras
de roedores y lluvias, un cortejo
de zancudas que anidan en la tierra
pues algún mago les dejó sin vuelo.

